



Eucaristía de Nuestra Señora del Carmen

*Casa Madre de las Carmelitas de Orihuela
16 de julio 2020*

Hemos querido acudir a este templo en la fiesta de la Virgen del Carmen, por ser uno de los referentes carmelitanos más brillantes en nuestra Diócesis, junto a la tumba que contiene los restos de la Venerable Madre Elísea, fundadora de vuestra Congregación indisolublemente vinculada a nuestra ciudad de Orihuela.

El Monte Carmelo, cuyo nombre forma parte de la denominación de vuestra familia religiosa, como nos recuerda la primera lectura, fue convertido por el profeta Elías en gran referente de su vida, en refugio de la fidelidad al Dios único y lugar de encuentro con el Señor. Siguiendo esta luminosa estela, un caballero cruzado se retiró en él, y en tan hermoso monte otros se le van a unir para ir conformando juntos una vida de oración, de contemplación, de unión con el Señor. Viven un estilo de vida eremítico, separados en lugares distintos del Monte Carmelo, pero unidos entorno a la centralidad de una pequeña iglesia de dedican a la Virgen, Santa María. Con la expansión de la familia carmelitana de oriente a Europa en el S. XIII, se difundirá una nueva y profunda espiritualidad, profundamente marcada por la devoción a María bajo la advocación del Carmen. Desde estos orígenes que someramente hemos recordado cabe situar esta celebración que nos ha congregado y en la que la Palabra de Dios nos ha traído profundas resonancias.

La lectura del libro de los Reyes nos sitúa ante la gran figura del profeta Elías, que se levanta grandioso, como símbolo de la pureza de la fe de Israel, de la fidelidad al Dios único, en unos tiempos de desorientación alimentada por reyes y falsos profetas que engañan y desvían a las gentes de la auténtica fe recibida de las manos de Dios. En tiempos de pandemia, como los nuestros, tiempos de incertidumbre y de profundos miedos y sufrimientos bien vivos, la figura del profeta Elías, todo un reflejo de firmeza en la pureza de la fe, de certezas en la fidelidad al Señor, nos resulta un llamamiento a revivir con plena confianza en Dios las actitudes que él representó en aquellos momentos históricos.

En esta misma línea viene a ayudarnos el texto de S. Pablo a los Gálatas, donde se nos recuerda una verdad que nos afecta directamente y que fácilmente olvidamos: que somos hijos de Dios. Llamados a vivir no como esclavos, sino como hijos, esta debe ser la vocación que ilumine y determine nuestra vida desde el bautismo.

Pero para recuperar esa fidelidad en la fe y esa confianza filial y vital en Dios, nos ayuda de forma eminente el Evangelio de San Juan, que acabamos de escuchar. Allí contemplamos la figura de María, al pie de la cruz; el amor y la fidelidad hasta el final, hasta el extremo. Y allí contemplamos a Juan, fiel, el único apóstol junto a la cruz. Pero sobre todo contemplamos al Señor, su entrega y su amor por nosotros sin límites, hasta el extremo de darnos lo único que le queda, su único bien: su Madre. Convierte a María en su gran regalo, el gran don a la Humanidad, a todos nosotros, la hace nuestra Madre. Como dirá papa Francisco al contemplar la escena: “desde ese momento Ella se concierte

en nuestra Madre, la que cuida de nosotros...nos defiende, nos enseña, nos acompaña...”
(15 de septiembre de 2016).

En estos tiempos de tantas incertezas, de vivir como criaturas desorientadas y abandonadas ante tantos interrogantes que nos ofrece el presente, acudamos más que nunca a María, a nuestra Madre del Carmen. Acojámosla en nuestra vida con la prontitud de Juan, como nos acaba de recordar el Evangelio.

Quién no recuerda la escena de la Plaza de San Pedro vacía, callada, y en ella resonando el Evangelio de la “tempestad calmada” y la voz de Jesús preguntándonos como a los apóstoles: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Así siga resonando su voz, para pedirle fe y esperanza en estos momentos. Sed testigos de su presencia y su amor ante los hermanos que nos necesitan. Y vivid esta dramática pandemia con la ayuda de la Virgen como un tiempo de fe, de sentirla como Madre y de servir a los hermanos. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante